

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Jesús, que es «la Luz del mundo», ha hecho a los cristianos partícipes de su propia luz. No sólo nos ha iluminado; sino que nos ha constituido en lámpara para el mundo. La unión de Dios con el hombre es tan grande que nos transforma en Él (divinización).

El cristiano, luz del mundo, no puede guardarse los dones recibidos para él; sino que los vive de manera que iluminen a los demás (testimonio). Todo ello con una finalidad: «Para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo». Con estas palabras Jesús señala que para que la luz irradiada por los cristianos sea auténtica, esta ha de remitir siempre a Dios.

Siempre me ha emocionado la costumbre que tienen algunos pobres, cuando reciben la limosna te dicen: «Que Dios le bendiga». En esas palabras se ve cómo trascienden la acción humana para ver en Dios el origen de todo bien. ¡Qué bueno sería que fuéramos capaces de referir todas nuestras buenas acciones a Dios! Sin darnos cuenta, cada vez que nos movemos por vanidad o nos enorgullecemos de nuestras buenas obras, oscurecemos un poco la luz que Dios ha encendido en nosotros.

Al mismo tiempo, en la primera lectura se nos señala el camino para que la luz de Cristo brille cada vez con mayor intensidad en cada uno de nosotros. Se trata de ejercer las obras de misericordia. Dice el profeta Isaías: «Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía». El ejercicio de la caridad es el que hace que nuestra fe resulte luminosa. Basta recordar el testimonio de santa Teresa de Calcuta, quien cuidando a los menesterosos y atendiendo a los agonizantes les descubría, a través de su rostro, la belleza de la misericordia de Dios.

Jesús: yo creo en ti. Jesús: dame de tu amor con que me amas a mí, el amor con que amas a los hombres, para que mi vida sea reflejo de tu amor, de la luz que yo necesito en mi vida y que tú quieres que yo refleje para los demás. Todo esto, Señor, me lo das en la Eucaristía, porque te das tú mismo, todo entero.